

cia á nuestros lectores para evitarles que puedan ser sorprendidos por una afirmación contraria.

Fué nuestro único objeto probar hasta la evidencia la falsedad de la secta romana, y los bastardos títulos de esa nube de zopilotes que se dicen sus representantes, de esa tropa de impostores que se supone ser superior á toda la sociedad laica, no siendo más que la espuma de la canalla.

Si lo hemos conseguido ó no, ahí están las cartas nuestras y el silencio de ellos. Que juzgue el lector.

18 DE JULIO.....

Sr. D. Benito Juárez.

Más allá.

No turbaríamos nosotros la dicha que sus egregias virtudes le han conquistado, si no estuviéramos seguros de que desde su elevadísima mansión influye aún en los destinos de esta Patria que le fué tan querida, de esta Patria en la que apenas tocando los umbrales del poder, infaliblemente hubiera vd. sido víctima de la más cobarde infidencia, si no hubiera sido pronunciada con el valor del mártir, en presencia de la muerte, aquella sabia sentencia de su eminente ministro Lerdo: *Ahora ó nunca*; de esta Patria por cuya autonomía arrojó vd. inminentísimos peligros y soportó, con una resignación sin ejemplo, los más amargos sinsabores.

En esta carta comenzamos recordando episodios de muerte, que su indómito valor vió siempre con depreciativa indiferencia, porque quien conserva vivos en su memoria los sacrificios que se hacen por la Patria, testifica su reconocimiento, y prueba además, que si pudo ser testigo presencial de su heroica abnegación, puede hoy envanecerse de haber merecido su confianza.

Hoy que toda la República se conmueve recordando con indecible amargura el infausto día en que dejó vd. la tierra para habitar otras regiones más dignas de su esclarecido mérito, bendice á la Providencia, conformándose con sus inescrutables designios, pero lamenta con sus buenos hijos la inmensa desgracia de que su regreso á la verdadera patria hubiera sido antes de consumir la obra gigantesca de la Reforma, antes que hubiera vd. realizado nuestra absoluta emancipación de la vergonzosa tutela clerical.

Mucho hizo vd., es verdad, pero aún queda mucho por hacer, y quien lleve esta bendita obra á su término, dará un poderoso ejemplo de nuestro progreso al mundo, eternizará su memoria en la historia de los grandes acontecimientos y tendrá un templo en el corazón de cada mexicano. Mucho hizo vd., repetimos, nos devolvió una Patria, casi agonizante, que al escuchar la voz de su primer Magistrado que, cual otro Mesías, le dijo *levántate y anda*, conmovida, cobrando nuevo aliento, abandonó el lecho de muerte en que yacía, y se levantó potente, formidable, invencible. Y sus huestes triunfantes vinieron á entonar en la capital de la República la última estrofa del himno nacional, depositando sus enojos contra sus hermanos ingratos y desnaturalizados, á los piés de la estatua de la Victoria.

Nos dejó vd. la inestimable herencia de las sabias leyes adicionales; monumento eterno de su génio, preciosa conquista que redujo á la nulidad á esa casta malvada, que hoy no puede hacer otra cosa que gruñir en la sombra, á esa tropa de malhechores que ha sido siempre el oprobio del mundo, la vergüenza y la humillación de la especie humana; langosta que ha devorado los tesoros de las naciones, terrible calamidad, azote de los pueblos, que, cual hidrónicos sedientos,

no han sabido prescindir del agua que los conduce á la muerte; peste de todas las edades y fuente inagotable de donde manan ignorancia, estupidez, fanatismo, superstición, miseria, prostitución, vagancia, egoísmo y todas las malas prendas que forman para nuestra desdicha el repugnante cortejo de una sociedad que no ha logrado sacudir el ominoso yugo sacerdotal.

Avidos de progreso, deseando para nuestra Patria otro mayor que el que vd. le conquistara, invade nuestra alma una mortal tristeza y vamos hasta sospechar que tanta sangre y tantas lágrimas derramadas para alcanzar, con tan costosos sacrificios, un puesto entre las naciones cultas, todo, todo había sido estéril y caminábamos á la vergüenza y á la muerte, cuando, quizá una saludable inspiración de vd. traía á nuestro recuerdo lo que era el clero hace 50 años, y lo que es hoy; lo que era la Patria entonces y lo que es ahora. Tan brutal comparación nos ha tranquilizado siempre que hemos sido atormentados con esas tristes ideas.

Entonces, recordamos perfectamente, que á cada paso teníamos que detenernos ante un sombrero repelente, que amenazaba dejarnos ciegos, y no se veían en las calles de las ciudades más que sayales, cuyos variados colores revelaban el capricho del santo fundador de las distintas órdenes monásticas que agostaban el país. Las procesiones podían contarse casi con los días del año en muchas localidades, y era de verse en las más solemnes, formando el cortejo del santo, objeto de la fiesta, numerosas gavillas de mojigatos llamadas corporaciones religiosas, y una fuerza militar á retaguardia de aquella larga tropa de fanáticos, marchando al compás de un pífano y una caja de guerra. Mucho, muchísimo podríamos decir sobre tan risible asunto, pero esto basta para formar una idea de la preponderancia clerical en aquella época,

añadiendo únicamente que el más insignificante clero era una potencia, y las familias más visibles se sentían orgullosas de admitirlo en su doméstica intimidad; y los conventos de monjas..... *noli me tangere* la decencia nos manda callar.

En cuanto al estado que guardaba el país; bastarán cuatro palabras para bosquejarlo. Vejetaba en pleno centralismo oligarcio-teocrático, bajo la Constitución *Tagle y Compañía*, llamada también de *Cuernavaca*. No había paz, no había caminos, no había hacienda, no había, en fin, más que frailes, soldados y pronunciamientos.

¿Y ahora? ¡oh! ¡mil veces bendito y dichoso sea vd! Ahora, si se asoma á la calle alguna mojjiganga religiosa, es de contrabando, y cualquier agente del orden público puede dar con los contraventores en la cárcel; si existen algunas reuniones clandestinas de las llamadas *conventículos*, si no son *agapetas* ó *subintroductas* son, á no dudarlo, prostitutas en ciernes. Respecto del prestigio clerical, ha quedado tan mal trecho, que, con excepción de algunas beatas quintañonas y algunos caballeros de los que presenciaron la Jura de Irurbi-de, no hay quien se ocupe de los zascandiles, y aún el más empingorrotado, para la gente sensata, significa menos que un portero de casa grande.

En cuanto al adelanto material del país ¡qué diferencial! Hacía apenas seis años que se había establecido en la capital de la República una línea de diligencias, las recuas de mulas atravesaban el país en todas direcciones, conduciendo los artículos de consumo de unas á otras Zonas, el tesoro público existía en las cajas particulares de los agiotistas, las pensionistas y retirados del servicio público se morían de hambre, el ejército estaba en cuadro, desnudo y hambriento, las costas judiciales agobiaban á los litigan-

tes, el pueblo desfallecía ante el enorme peso de las contribuciones y del terrible arancel de los curas. ¿Y ahora? Ahora á la vista de todo el mundo está la diferencia.

Si es cierto que estamos aparentemente estacionados y aún hay motivos para creer que retrocedemos, tenemos una fe inmensa en la inmutable ley del progreso y en la lealtad y espíritu práctico de nuestro Primer Magistrado. Respetamos los motivos secretos que han guiado su política hasta hoy, y dudamos mucho que quien ha dado tantos días de gloria á la Patria, combatiendo como bueno al frente de las fuerzas republicanas, fuera capaz de cambiar tan brillantes antecedentes por un padrón de infamia y de vergüenza, traicionando sus principios perfectamente defendidos, como liberal en nuestras luchas civiles y como patriota combatiendo por nuestra independencia. No, no es posible que la política incidiosa y maquiavélica de D. Opas y comparsa, encuentre en el General Diaz un segundo Comonfort, ó un presidente de gamarra como Zuluaga.

Hemos escrito á vd. esta carta como testimonio de nuestra gratitud, consagrando á su memoria estos cordiales recuerdos, porque un recuerdo es una evocación, y á ésta acude el génio protector cuyo favor se solicita. Estando vd. ya presente lea vd. en nuestra alma cuáles son los deseos que para nuestra Patria alentamos.

DE LA PAPISA JUANA.

NO de los bastardos medios que emplea la prensa llamada católica en defensa de los intereses de la secta romana, siempre que son atacados por algún periódico liberal, es calificar de fábulas y leyendas los relatos históricos más irrefutables, con aire de maestros y una prosopopeya capaz de meter miedo; y no ha faltado alguno que creyendo haberse las con un doctoraso, ha huido espantado con un toro de petate.

Esta jugareta nos hizo un redactor de *La Voz de México*. Nos dijo que había leído mucho, muchísimo; y para probarnos su vasta instrucción, nos espetó cincuenta citas bíblicas, con las que intentó probarnos, (¡cosa original!) lo que no habíamos negado; y haciendo mofa de los fundamentos históricos en que descansaban nuestras afirmaciones, quiso confundir con éstos la historia de la papisa Juana, de cuya personalidad no habíamos dicho una sola palabra.

Como este fué un incidente traído de los cabellos, tal vez para probar fortuna nuestro amable contradictor, sólo dimos por contestación algunas preguntas, como puede verse en nuestra carta VIII y cuya respuesta estamos esperando hasta hoy.

La jarandina docente que, como hemos dicho, niega

sistemáticamente aun la misma evidencia de los hechos cuando éstos pueden dañar sus intereses, ha formado el más tenaz empeño en hacer de la historia de la papisa Juana un cuento vulgar y no omite medio alguno para hacer que este hecho histórico sea considerado como una ridícula conseja. Pero nosotros, que no nos hemos propuesto traer al camino de la verdad á paganos empedernidos y verdaderos renegados del cristianismo, sino presentarlos á nuestros lectores tales como han sido, son y serán, mientras la humanidad, en su marcha progresiva, acaba de comprender que ninguna necesidad tiene de esos vampiros que viven de su sangre y son la más desastrosa calamidad que ha podido afligir á las naciones, no sólo revelamos al mundo el inmenso catálogo de sus absurdos y de sus crímenes, sino que procuramos dar á nuestras afirmaciones la posible robustez, apoyándolas en pruebas tan irrecusables, que aun los más preocupados en favor del romanismo se vean obligados á confesar la verdad que nos asiste.

Buenas y aun perentorias son las pruebas que en nuestra carta ya citada presentamos á *La Voz*, vindicando al derecho de la historia, para que uno de los más notables acontecimientos que á ella pertenecen, no fuera borrado de sus páginas y relegado al rango de una miserable conseja; pero aunque con sólo aquellas preguntas quedó confundido nuestro sapientísimo contradictor, puesto que ni una sola palabra volvió á decir sobre una cuestión que él mismo promovió, queremos ahora ocuparnos más detenidamente en la demostración de un hecho tan elocuente y trascendental, que él solo basta para romper el hilo de la sucesión pontificia y para que aparezca en caricatura la decantada autoridad de los llamados vicarios de Dios en la tierra, su risible infalibilidad y esa multitud de pode-

res con que á sí mismo se ha investido el papado y de los cuales hace una minuciosa y elocuente enumeración Eugenio Pelletán en su *Profesión de fe del siglo XIX*.

Confesaremos francamente que cuando el astuto redactor de *La Voz*, procurando distraernos del asunto principal de que nos ocupábamos, que era la creación de los ángeles, nos presentó vestido de arlequín el hecho histórico en cuestión, lo creíamos muy fuerte en la materia y ya veíamos, contestando á nuestras preguntas, los nombres de los protestantes Casaubón Baile y Blondel y de otra buena porción de escritores que niegan por ignorancia, por mala fe ó por vergüenza, la verdad histórica, como Onuphrio Panvino, quien anotando á Platina se atreve á negar osadamente que hubiera existido tal papa, y esperábamos también que se nos vendría con otros razonamientos huecos, como por ejemplo, que Pedro, Juan y varios, no hacían siquiera mención de semejante accidente.

¡Vana esperanza! En lugar de todo esto, un vergonzoso mutismo es la respuesta única que obtuvieron, nuestras preguntas.

Pero dejemos á un lado prolegómenos que ya se hacen difusos, y ocupémonos de realizar el propósito que nos hemos hecho de ampliar las pruebas de la histórica existencia de la papisa Juana.

Debemos advertir una vez por todas, que nosotros, como los sabios redactores de *La Voz*, cuando venimos al mundo no sabíamos nada de nada; pero á fuerza de trabajo, como ellos, leyendo (aunque no tanto como el redactor aquel de que hemos hecho memoria) en los libros escritos por nuestros antepasados, nos encontramos con la terrible nueva de que había existido un papa hembra ¡imposible! imposible decíamos, y llevados del deseo de comprobar un hecho tan es-

candaloso, no sólo consultamos luego á Martín Polono, á Mariano Scoto y Sigiberto Guemblours, quienes declaran ser una verdad esta historia en sus crónicas *universal, latina y de los papas*. Estas autoridades de ninguna manera podían sernos sospechosas, puesto que los dos últimos eran benedictinos y el primero nada menos que Obispo de Quesen.

Sin embargo, continuamos nuestra exploración en demanda de mejores y más fehacientes datos, y ocurrimos á la *Historia de los papas hasta Sixto IV*, escrita por el sabio bibliotecario del Vaticano Platina, suponiendo que, estando este historiador colocado en la misma fuente pontificia, nadie con mejores datos podía hablar de aquel acontecimiento, y encontramos en ella lo siguiente:

«Juan Anglicano, natural de Mentz, obtuvo el papado por medios deshonestos, ocultando su sexo, porque era mujer. De joven fué á Antioquía con un estudiante de quien estaba enamorada y habiendo allí estudiado con profesores de todas ciencias, aprovechó tanto sus estudios que, cuando vino á Roma, pocos la superaban en instrucción. Por sus conferencias y controversias obtuvo tanto crédito, que á la muerte de León fué elegida en su lugar por consentimiento universal. Poco después conoció que estaba embarazada de uno de sus criados, y aunque lo ocultó por algún tiempo, sin embargo, al fin, yendo en procesión á San Juan de Letrán, le sobrevinieron los dolores del parto y dió á luz una criatura en el mismo sitio, é inmediatamente después falleció.»

Pensábamos hacer una tan laboriosa y dilatada excursión como fuera necesaria para dejar perfectamente probado el hecho de que nos venimos ocupando, cuando dichosamente el P. Aguillo, citado por D. Manuel González, nos dió cuanta luz deseábamos para nuestro

intento en su Igles. epis. núm. 13, páginas de la 98 á la 101.

Lástima es y grande, que no nos sea posible presentar á nuestros lectores en un solo artículo las pruebas que habíamos guardado para el caso de que *La Voz* nos contestara, continuando en su afán de negar que una mujer ocupó el solio pontificio, pero estando perdida esta esperanza, continuaremos exponiéndolas á despecho de los sacristomos y sus polinches.

CONTINUACION DE LA PAPISA JUANA.

ONTINUAMOS exponiendo las pruebas que tenemos para afirmar que existió un papa hembra, mal que pese á los negadores de las verdades históricas.

TEODORO DE NIEM, obispo de Ferden y JACOBO FELIPE BERGOMENSE, célebre y erudito historiador, según Trithemio, citados ambos por el P. Aguayo, están en el fondo de acuerdo con Platina.

El primero, que escribía en el siglo XV, en su libro titulado *De Privileg imper*, dice así: «Juan, llamado el Anglicano, fué una mujer nacida en Mentz, estudió en Atenas, vestida en hábitos de hombre; donde adelantó tanto y tan rápidamente en las artes, que viniendo á Roma dió conferencias sobre artes liberales, y se la consideró tan instruida, que personas del más alto rango llegaron á ser discípulos suyos. Después fué elegida papa por unanimidad y ocupó la silla más de dos años. Pero no pudo vivir en continencia, y un día, al ir con el clero y el pueblo de Roma (según la costumbre de aquel tiempo), en procesión solemne, revestida de hábitos pontificales, dió á luz un hijo. Esto sucedió cerca del templo de la Paz y está conmemorado por una imagen de mármol que existe aun en el día. Esta es la razón porque cuando los papas van

desde el Vaticano á San Juan de Letrán, pasan por callejones estrechos, para evitar pasar por este sitio."

El segundo, que escribía en el mismo siglo su obra *Suplement Chronig.*, lib. II, se explica en los siguientes términos: «Esta Juana fué creada papa después de León y ocupó la silla de San Pedro dos años y cinco meses. Era una joven que fué á Atenas de muy corta edad, y habiendo adelantado mucho oyendo á buenos profesores, vino á Roma, donde tuvo pocos competidores en teología. Por sus conferencias, predicaciones, controversias y oraciones, fué tan apreciada, que, después de la muerte de León, la eligieron papa de común consentimiento. Yendo, sin embargo, en procesión desde el Vaticano hasta San Juan de Letrán, le sobrevinieron los dolores de parto en la calle y parió allí mismo, sin asistencia de ninguna comadrona. Murió inmediatamente, y fué enterrada en aquel lugar sin solemnidad alguna, y con ella la criatura. Para manifestar cuanto detestan su conducta los papas, hoy cuando van en procesión, para no pasar por dicho sitio, hacen un gran rodeo por varias callejuelas.»

El P. Aguayo recopila otros muchos datos que pueden ver para su edificación los que intentan falsificar la historia, y cuyas pruebas están terminadas con estas pocas, pero muy elocuentes palabras: «Los neos niegan calurosamente la existencia de la papisa Juana, ¿qué no son capaces de negar? pero nosotros recogemos autoridades irrecusables que no dejan la menor duda sobre el hecho, tomándolas de historiadores católicos romanos.»

LUITPRANDO, Obispo de Cremona, grande historiador que vivió en 937 y escribió la historia de su tiempo, entre otras cosas menciona: «que una mujer ocupó como papa la Sede de Roma, pasando equivocadamente

por hombre y que se llamó Juana.» De aquí Trithemio, esbribiendo de esta mujer papa, la menciona en la vida de este autor. (*Trithemio in vita Luitprandi*).

OTHON, en Frizngn, en Baviera, año de 1145; fué hijo del duque Leopoldo, tío del Emperador Fernando y célebre historiador. En su catálogo de los papas nombra al papa Juana de esta manera: (*Joanem Septimum feminam, lib. 7º.*)

GODOFREDO VITURVENSE, que vivía en 1186, fué secretario del Emperador Conrado III y Federico I. Escribió una historia comenzando por la creación y concluyendo por el papa Urbano III, á quien se la dedicó. Habla del papa Juana de esta manera: «*Joanna non numeratur,*» la traducción es: Juana no se encuentra entre los papas; manifestando así con evidencia, que el hecho era bien conocido y creído en su tiempo. (*Geothfridum in chronic. part. 20 in cathalog rom. pontif.*)

ROGER HOVEDEN, que vivía en 1214, en su historia de Inglaterra, escribe del papa Juana, diciendo: «que en tiempo de ella, Ethelwolphius, rey entonces de Inglaterra, dió la décima parte del reino á los sacerdotes y monjas que rogasen por su alma.» (*Hoved in hist. Angl.*)

JUAN DE PARÍS, que vivía en 1296, fué monje dominico y escribió de Juan VIII diciendo «que fué mujer y fué elegida papa, tomándola el pueblo equivocadamente por hombre.» (*Opera Joan Parisins.*)

BARLEAMUS EPISCOPUS HIERASENSIS, que vivía en 1303, escribió varias epístolas tanto á los griegos como á los romanos, con algunas otras obras, donde hace mención de este papa hembra.

FRANCISCO PETRARCA, que vivía en 1350, declara en su crónica, como cierto, el hecho de que una mujer había sido papa y la llama *Joannem Anglicum*. Por esta razón, añade, que no debe contársele en el catálogo de los papas. (*Petrarchi Cronica.*)

RANULFO HIGDON, monje de Cister, llamado generalmente Cisterciense, vivía en 1364 y escribió un informe del papa Juana, en su libro llamado *Polichronicon*. Dice que los autores no quieren mencionar el suceso *propter turpitudinem*. (*Ranulph Cisterciensis, lib. V, cap. 32.*)

MARTINUS MINOR ó Martín el Menor, franciscano que vivía en 1364, en su crónica titulada: *Flores temporum*, refiere que cuando el papa Juana fué á exorcizar á un poseído, preguntó al diablo cuándo saldría, y éste respondió:

Papa, *Pater Patrum, Papisa Pándita Partum, et tibi tunc edam de corpore cuando recidam.* (*Vid. Chronic. de Martín, imp. en 1486.*)

JUAN BOCCACIO, discípulo de Petrarca, que vivía en 1376, en su libro de «Mujeres Ilustres,» no sólo menciona á este papa Juana, sino que la describe en sus dolores de parto, cercada de Cardenales y Obispos que hacían las veces de comadrones. Añade también que los papas, cuando celebran las rogaciones con el clero y el pueblo, evitan pasar por el lugar donde aquella parió, que fué en medio de la calle real, y caminan por callejones estrechos. (*Boccacio, lib. de Claris Mulier, cap. 99.*)

ALFONSO, Obispo de Cartagena, hijo de Paulo Burgense, que vivía en 1441, habla del papa Juana como sucesor de León IV. (*Vid. Alphons.*)

JUAN STELLA, que vivía en 1444, escribió un informe de este papa Juana, diciendo: «que una mujer, disfrazada de hombre, obtuvo posesión de la sede papal.» (*Vid. descriptionem Johamnus á Stella.*)

ANTONIO, Arzobispo de Florencia, que vivía en 1449, dice: «que se erigió una pequeña estatua para conservar la memoria del suceso del papa Juana.» (*Antón, titul XVI, cap. 1, 6 y 7.*)

Aquí haremos alto para no fatigar á nuestros lectores, y para que el sabio redactor de *La Voz*, aquel que dijo: que el estudiante más ramplón sabía que la historia de la papisa Juana no era más que un cuento, recuerde si entre tanto como ha leído, podrá encontrar con que invalidar estas citas y otras cuantas más que aún tenemos que hacer para completar este soberano tapa-boca.